

Cuatro notas para una tarea crítica sobre Deodoro Roca

Guillermo Vazquez

1. Acompaña a Deodoro Roca un modo de la conmemoración activa, extendida y en constante “renovación”: la asunción de cierto malditismo, el señalamiento de su “olvido” por culturas oficiales y rememoraciones públicas. Como si ése fuera su signo de evocación. Recobrar, entonces, el nombre de Deodoro Roca como hereje, como figura de las catacumbas culturales cordobesas, es parte también de una “comunidad imaginada” cordobesa, de su relato fundacional: figura unánime de la Reforma Universitaria, así como Agustín Tosco es la del Cordobazo –el otro gran punto de la comunidad imaginada. Lidar con este traslado encubierto a una oficialización cultural y política –que poco y nada tiene que ver con el dispositivo “Estado”, sino más bien con un sentido común que recorre instituciones de diverso sustento social– que impide una apertura crítica y la renovación (si lo hubiera) de un legado.

Roca aparece entonces como un rebelde inclasificable, el cabo suelto en las tradiciones insurreccionales de Latinoamérica, sólo si sostenemos la hipótesis de la *frontera*: una Córdoba “liberal” y otra “tradicionalista”. Asimismo, mantiene gestos *de hijo de la oligarquía*, en su dandismo, en tantos de sus gestos (y parece sobrellevarlo sin demasiados dramas personales; pensemos en la inversa con Liborio Justo y su jibarización, desde el nombre hasta sus oficios). El diario *Los Principios* como el epígono –antiliberal y clerical, reaccionario-ultramontano– de enemigo político de Roca, le atribuye una conversión al catolicismo (una extremaunción) en el lecho agonizante, que es en parte burla y ridiculización, pero también asentimiento del lugar de una oveja descarriada, donde es inevitable cierta recuperación del pródigo donde –en su opción pascaliana de “decisión racional”– no hay sino la intención de señalar ese “determinismo”.

Pero, tras cierta neutralización producto de un encierro parcial en el panteón de los próceres, ¿qué hacer? ¿Olvidar la Reforma y el Cordobazo? ¿Proscribir los nombres de Agustín Tosco y Deodoro Roca? De ningún modo; sí reponer la complejidad de la historia en ellos, sin horizontes demasiado prefigurados: sus opciones, sus alianzas, sus pares, sus dificultades y limitaciones, leer la actualidad de sus otrora enemigos y aliados; quitarles la centralidad que los transforma en unánimes, que convierte la historia en un santoral. Un trabajo contra la paralización que produce el mito –sin prescindir de otros mitos, seguramente: no es un trabajo contra la mitología en sí, lo que daría como resultado una sociedad “racional” reconciliada consigo misma, sobre una transparencia lingüística, histórica, “deliberativa”, que no deja también de ser un mito como anhelo de lo prístino.

Luego de la tarea crítica (que ha sido emprendida ya por varios otros trabajos: algunos mencionados aquí, más otros, como el de Pablo Requena), se podrá, con un entramado plural de voces, poner en juego qué hacer con él: en su extrañamiento, en su complejidad, en su talento, preguntarse qué reverberaciones políticas (en militancia universitaria, política cordobesa en general, campo crítico intelectual) puede tener la tarea crítica sobre Deodoro Roca¹.

¹ Algo aquí sobre la edición que lleva a cabo la editorial de la UNC (y que siempre que citamos textos de Roca en estos párrafos, lo hacemos sobre ella: *Obra Reunida*, en cuatro volúmenes, compilada por Diego Tatián y Guillermo Vazquez). Amerita decir –disintiendo con Juan Manuel Conforte en una referencia en la gaceta mensual *Deodoro*, nº 17–, que la tarea de una edición con renovados prologuistas y la aspiración de limitar la “selectividad” de los textos según las propias intenciones del compilador, para en cambio reunir toda la cantidad que se pueda, de ningún modo constituyen un nuevo “cordobesismo” hagiográfico ni autocelebratorio; mucho menos la neutralización de la crítica o el cepo a la puesta en marcha de su “ideario” –si lo hubiera–: al

2. El primer quiebre interpretativo es sobre el evidente tránsito de Roca hacia los años treinta respecto de su arielismo más juvenil. Tomemos como ejemplo, por un lado, un texto de David Viñas², donde señala en Roca su carácter intelectual como prefiguración del de Rodolfo Walsh en los sesenta. Texto breve (una página), pero de importante intensidad interpretativa. Por otro lado, la interpretación de Roberto Ferrero en su libro sobre Deodoro Roca³. Ambos marcan ese tránsito, que leen de modo diametralmente opuesto. Mientras que Viñas, representante de una izquierda heterodoxa pero anclada en las tradiciones internacionalistas, ve dicho tránsito como una salida al mundo, una experiencia de madurez crítica; Ferrero ve un retraso, el paso de un nacionalismo americanista a un socialismo demoprogresista que constituiría “una *función* del sistema, no su negación”⁴. Viñas habla de un paso “del convento a la plaza pública; y de Rodó a Carlos Marx”, donde Roca toma allí un agudo rumbo nuevo, radicalización walshiana, en términos del propio Walsh: “he tardado quince años en pasar del mero nacionalismo a la izquierda”, en aquel famoso pasaje de unas páginas autobiográficas⁵. Para Ferrero, el paso es “del antimperialismo al antifascismo”, donde Roca tropieza, a juicio del historiador cordobés, con varias confusiones sobre el traslado de la categoría del “fascismo” a las dimensiones latinoamericanas, agravándose por las posiciones políticas desde el socialismo liberal que lo distancian de toda concepción *nacionalista* –identificada por los entonces aliados partidarios de Roca con los totalitarismos europeos– de la política. He aquí, entonces, la cuestión que queremos remarcar: la versatilidad cultural y política de Roca es un punto que aglutina hacia un lado o hacia el otro las exégesis, y puede incluir a diversos tipos de izquierda en su valoración positiva del abogado cordobés.

Sin embargo, ambas lecturas, de Ferrero y Viñas, ven un “provincialismo” en Deodoro Roca (también con valoraciones opuestas, claro), que a nosotros nos cuesta más señalar, a pesar de ser otra de las verdades establecidas por el “sentido común” en las interpretaciones sobre Roca. Pero no tanto de un provincialismo como búsqueda de la profundidad telúrica o resistencia a una visión globalizada y abstracta de lo social, sino una reflexión sobre la asunción de su ciudad como propia desde la izquierda. Ni en su candidatura a intendente ni en su labor de fundador y columnista de *Las comunas* –revista exclusivamente dedicada al pensamiento de la ciudad–, Roca piensa la geografía de la *ciudad interior*, su entramado inmigratorio y conflictivo con la “ciudad liberal”, como la llamó Viñas a propósito de Laferrere: pensamiento sobre el conflicto de la ciudad que por ejemplo hizo *Pasado y Presente* en su primer editorial, aggiornando en los sesenta las tesis sarmientinas con el Turín gramsciano en el que se comenzaba a convertir el polo industrial cordobés.

El grupo de Boedo, también el primer Borges, incluso los positivistas a su modo, ven dificultades ahí: los suburbios, que Roca no tiene interés en exponer –o quizás tomando distancia de cualquier comparación entre las ciudades de Buenos Aires y Córdoba, sin posibilidad de extrapolación de esa realidad que mencionamos.

contrario, son la condición de posibilidad de esa tarea (aunque la edición pueda ser mejorada, y de errores y criterios desatinados debe contener montones). Es una edición –sin epítomes institucionales ni glorificaciones– que renueva un conjunto de prologuistas sin marcar una tendencia exegética, que distan de las hagiografías o la autorreferencialidad del “descubridor”, ni ponen a Roca en lugares de exageración procesional.

² Viñas, David “Filloy, Viñole, Loncán y otros corifeos”, en López, María P. (comp.) *La década infame y los escritores suicidas*, Paradiso, Buenos Aires, 2007, p. 100.

³ Ferrero, Roberto *Deodoro Roca y la parábola del pensamiento reformista*, Ediciones del CEPEN, Córdoba, 2005.

⁴ *Ibíd.*, p. 45.

⁵ Walsh, R. *Ese hombre y otros papeles personales*, De La Flor, Buenos Aires, 2007, p. 15.

Sobre el tema, no hay en Roca gravedad por la ciudad excluyente, sino incluso cierta jocosidad, o la elección de un paisajismo serrano (ahora sí) provincialista (*cfr.* el prólogo de Clarisa Agüero al tomo II de la *Obra Reunida*), o por los ruidos urbanos; o que podía incluso tener su vanguardismo en textos como “Bañistas”, donde remarca la crítica a una percepción moralista sobre los cuerpos, de “guardias negros de la virtud”, alarmados ante la promiscuidad del nudismo, práctica efectiva en su Ongamira; o la invención de una idea de ciudad universitaria bien compleja, comunitaria, que Tatián remarcó en un texto que lo señala cercano a Benjamin⁶. Pero la contradicción con una geografía donde ya había cierta administración problemática de las clases y la inmigración, no está a la vista en sus textos ni en el proyecto colectivo de *Las comunas*.

“Yo creí, durante años, haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y de ocasos visibles. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses”⁷, escribe Borges en el prólogo de un libro alucinante como el *Evaristo Carriego* [1930], haciéndose cargo de que la situación en que se encuentra (similar a la de Roca) representa un conflicto –que en sus opciones políticas posteriores tomará una inflexión casi siempre reaccionaria. En Borges es mayormente el siglo XIX –la gauchesca, el federalismo– el marco donde disputa este conflicto; no con la inmigración anarquista y empobrecida, la “inmigración real”, con la que eventualmente sí podría haber disputado Roca –a la había defendido en los tribunales cordobeses, nacionales e incluso internacionales como en el caso del boliviano Tristán Marof–, y está más cerca de hacerlo. No el suburbio porteño, entonces, pero sí los trasfondos populares de la ciudad cordobesa, a los que *Las comunas* no toma como eje central en sus hendiduras culturales. Tomemos, por caso, una nota de Deodoro Roca en *Las comunas* sobre “la vivienda popular”; aparece representada en Roca con el temor de un higienista: sus habitantes padecen una cantidad de enfermedades que Roca se dedica a enumerar cual Ramos Mejía; además llevan una vida “gris y sufrida”; así que pueblos “sin cantos”; sin “dioses”, sin “alegría”. En fin: modo poco alentador de aproximación al problema que señalamos. Y, para concluir, notamos que a esto Roca lo averigua teniendo de fuente una conferencia en Buenos Aires sobre vivienda popular.

Lo “popular” es una palabra muy recorrida en los textos de Roca. De modo dispar y contradictorio a veces, con su habitual conjunción entre cierta carencia de rigor conceptual (lo que no siempre parece una opción atendida), un apasionamiento en el uso de los mismos y –quizás resultado de lo anterior– una altísima creatividad lingüística y teórica. Casi nunca le escatima negativamente, ni quiere alejarla como algo “bajo”; es un hombre de izquierda cuando refiere a ella de modo positivo en el ámbito de la trinchera política e histórica –se podría discutir su acierto en cada caso, pero no obsta a la reivindicación que hace de ella omniscientemente. Cuando sobreviene el análisis de las dimensiones culturales del término –quizás la nota más propia de la originalidad de Roca–, sin embargo, rebusca en sinónimos (el epílogo a *El último caudillo*, lleno de consideraciones orteguianas, es un muestreo de esto), y lee bajo un enclave jerárquico muchas que se reivindicaban con ese signo.

En “Apuntes de un observador”, Roca señala sobre la anuencia política del interior al saqueo de potencias: “Los criollos bostezan. ¡Creen que cuentan con leyes magníficas! Mientras haya cuatro cosas en la Argentina habrá tranquilidad. Mate. Tango y fútbol. Jubilación”. Pero si para Sánchez Viamonte, la crisis de una era política “moderna” podía

⁶ Tatián, Diego “Pasajes Córdoba-Berlín, 1915. Apuntes sobre ‘La vida de los estudiantes’ y el estudio como forma de vida”, en *Pensamiento de los confines*, n° 27, Guadalquivir, Buenos Aires, 2011.

⁷ Borges, J. L. “Evaristo Carriego”, en *Obras Completas*, t. III, Sudamericana, Buenos Aires, 2011, p. 41.

señalarse en el tango, y su vinculación con el caos caudillista⁸, Deodoro Roca la señala en su texto sobre el jazz, con enormes coincidencias con el Adorno de *Prismas*. Porque más allá de sus textos sobre Josefina Baker, el epílogo a *El último caudillo* de Sánchez Viamonte y otros más, es en “Jazz-band y política” donde sale a la luz su matriz no tanto “reaccionaria”, como más patente para ver las dificultades de un cambio de época, y el conflicto entre las elites con el magma de lo social-cultural (el “hombre-masa”) que ponía en jaque a Roca. Estamos ante “una cuerda rota en el alma contemporánea”, como menciona en dicho texto; y eso así indudablemente: aunque el texto es del 31, pensemos que 1918 es el año de la Reforma, el año que consagra al joven Roca en su ilustre momento de elite intelectual y de izquierda; también es el año en que Duchamp visita la Argentina, y en que Spengler publica *La decadencia de Occidente*. Algo acontece en la “orquesta social”: como en la famosa y discutida película de Fellini, *Ensayo de orquesta* –tan cuestionada como podríamos hacer con el texto de Roca–, con reminiscencias de discusiones weimarianas, laboratorio republicano que también recorre los años más productivos de Roca donde las cuerdas comienzan a sonar distinto.

Extraño resulta que el Roca que también reivindica un aire dionisiaco en muchas de sus páginas⁹, con el salto cualitativo en la diagramación del orden musical al que venía a responder el jazz, se haya dejado llevar, incluso, por la cita de Platón sobre el orden musical y el orden estatal –ya sabemos, como Deodoro Roca también sabía, qué tenía que ser la *Politeia* para Platón. Sonido *rector*, por un lado, y *diferencias*, por otro, que se *perderían*. (Mucho más complejo y acertado en su discusión entre las vanguardias artísticas y lo popular es el texto “Juego de manos”, también de 1931. Pareciera que en Roca, como cuestión no generalizable pero sí bastante común a muchas de sus intervenciones, la reflexión *in abstracto* es más fecunda que el ejemplo.)

3. Deodoro Roca muere en 1942. El posterior surgimiento peronismo ha sido planteado también como una de las dificultades exegéticas en las que habría que reparar, por ejemplo, en uno de los textos de *Deodoro Roca en el Museo de la Universidad*¹⁰. Dificultad exegética que debería retomarse, y no dejarse de lado como si estuviéramos tratando con una biografía detenida en el tiempo. Es lo que hace Horacio González con el libro de Christian Ferrer sobre Baron Biza: “El libro habla de una Argentina que luego fue ahogada por el peronismo. (...) tiene el atractivo de hablar como si el peronismo no fuera a sobrevenir. (...) sus precisas estampas están como congeladas, parecen litografías olvidadas sobre un antiguo sillón *art déco*. Ayuda a ese sentimiento –y a ese perturbador atractivo– el que proceda como si el peronismo nunca hubiese de presentarse a escena, como si ese pornógrafo insurreccional no actuara en las orillas de un sistema, sino como si fuera el centro de todo, minucioso, ácidamente eterno, y con nada a esperar”¹¹.

Roca –y quienes escriben sobre él padecen el extrañamiento– vive en ese tiempo raro que no prefigura al peronismo y que describe Horacio González, pues es agravado (aunque también, en cierta medida, liberado) por la temprana muerte de Roca apenas poco tiempo antes del surgimiento de la vida política del “coronel Perón”, dejando bajo un signo de pregunta la opción de Roca tras ese rumbo histórico que cambió la configuración política e intelectual argentina.

⁸ Cfr. Martínez Mazzola, R. “¿El último manifiesto reformista? Democracia y socialismo en *El último caudillo* de Carlos Sánchez Viamonte”, en Agüero, Ana C. y García, Diego (edits.) *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, Al Margen, Córdoba, 2010, pp. 135-164.

⁹ Cfr. López, M. P. *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista*, Eudeba, Buenos Aires, 2009, pp. 87-98.

¹⁰ Catálogo *Deodoro Roca en el Museo de la Universidad*, UNC, Córdoba, 2008, p. 15.

¹¹ González, H. *Perón, reflejos de una vida*, Colihue, Buenos Aires, 2007, pp. 55-56.

Por varias cuestiones que sí estaban, germinales, en el propio Roca, puede anticiparse su reprobación a la Argentina del 45 en adelante. Algunas al pasar: un lenguaje que rechazó siempre (“criollismo”, cultura “gauchesca”); un linaje intelectual (carencia casi absoluta de reformistas que tuvieron su “conversión” al peronismo: pensamos en Carlos Cossio, brevemente Astrada, y no muchos más); el problema más general de los intelectuales de tradición de izquierda y el peronismo (pero que sin embargo no era absoluto, como recordamos con el texto de Guillermo Korn en la revista *Mancilla*¹²); un modo muy determinado (y reduccionista) de concebir la tríada fascismo-nacionalismo-autoritarismo por parte de Roca; la previa experiencia antiyrigoyenista y anticaudillista.

Cierto es que también en “Enjuiciamiento del fascismo en América”, texto de 1936 (previo a la nacionalización del petróleo mexicano, incluso), menciona a Lázaro Cárdenas como uno de los esfuerzos –“el más coherente”– de “elevar” a las clases trabajadoras; y en su texto doctoral sobre la doctrina Monroe, también es más compleja la lectura que hace sobre Porfirio Díaz y el imperialismo (cercana a la de Milcíades Peña sobre el peronismo¹³).

La salida de Roca, entonces, no hubiera sido ver en Perón quien revitalizaba las aspiraciones obreristas y la contradicción con el imperialismo bajo una reforma social y de la conciencia nacional (cuestiones que podríamos identificar como anhelos en sus textos), sino la voz de un orden “decadente”, autoritario y demagógico-carismático que arriaba masas cual rebaño, con horizonte proto-fascista y frenaba todo intento de socialismo democrático.

Su empeño contra el rosismo historiográfico, que se encontraba en su apogeo, es también otro de los elementos a evaluar sobre esta cuestión. Rosas es una de las sinécdoques de la politización del intelectual en las tres primeras décadas del siglo XX. Para Roca es *El Tirano*; lo mismo en su evaluación del caudillismo decimonónico (no siempre asimilable al rosismo en sus reivindicadores), en el que Roca ve bandolerismo rural y atraso. El golpe de Uriburu es señalado como un modo de imponer la “tradición rosista” contra la de Caseros, en quien Roca ve a Sarmiento su mayor representante, pero también una excepcionalidad histórica. Sarmiento, en cambio, representa para él una figura por lo demás reivindicable; para este arribo, son fundamentales los aportes de Aníbal Ponce, en quien Roca ve un faro intelectual, y que había escrito dos textos esenciales para la reconsideración sarmientina de la izquierda a fines de los veinte y principios de los treinta¹⁴.

4. El ideario político de Roca, aunque no tan evidente ni contundente, no es subsumible a un positivismo biologicista, ni a un liberalismo racionalista, mucho menos a una ortodoxia marxista; son fuentes de las que toma distancia, y abreva de otras tantas. De todos modos, Deodoro Roca no tiene un *proyecto teórico* con reverberaciones político-culturales sobre el que pretenda ir a fondo (como lo tuvieron Ingenieros, Carlos Astrada, Aníbal Ponce o Taborda). Dicha carencia no debería ser motivo de enojo ni mucho menos asimilación de una falencia; pero aparece a veces como una ausencia a la vez frustrante y constitutiva para quien pretenda elucidar los trayectos del abogado cordobés. Aquí la apuesta es por no pensar –o mejor: *no solamente* pensarlo así– el diletantismo, la opción

¹² Cuestión que trasciende muchísimo a *Forja* (grupo ya disuelto en la asunción de Perón pero activo en diversas aristas) y el clericalismo universitario como epígonos del primer peronismo. Guillermo Korn nos presenta, más como hipótesis que como estudio exhaustivo, aunque con datos fundamentales, un panorama más complejo que la clásica oposición entre un tomismo ortodoxo propiamente peronista y un liberalismo europeizante antiperonista.

¹³ Vinculación Deodoro Roca-Milcíades Peña que realiza también Eduardo Rinesi en su prólogo al último volumen de la *Obra Reunida* de Roca (UNC, Córdoba, 2012).

¹⁴ Ponce, A. *Sarmiento, constructor de la Nueva Argentina*, Solar-Hachette, Buenos Aires, 1976.

anti-partidaria, la negación a la escritura del Libro o del Tratado, como síntomas de una rebeldía meditada contra un sistema de escritura, o el epígono de una autonomía heterodoxa. Si bien tal es el relato de Roca en varias oportunidades, es necesario ver allí explícitas dificultades de tomar un camino que hacia un horizonte histórico-político bien determinado –que se le escabullía no a él, sino a su propia época–, y cierto dandismo individualista que merece evaluarse siempre resguardando, claro, la lucidez y agudeza de muchos de sus conceptos (más que las de cualquier tratadista), lecturas histórico-políticas e interpretaciones teóricas anticipatorias (por ejemplo, de Carl Schmitt¹⁵ o de Nietzsche¹⁶, o en torno al destino de la revolución rusa¹⁷).

Roca escribe en las postrimerías del yrigoyenismo, a propósito de la *línea* Baudelaire-Rimbaud-Verlaine-Mallarmé-Valéry en la cultura francesa: “Este fenómeno de la actualidad literaria sería imposible entre nosotros, porque nuestra cultura no es ni viva ni continuada. No vivimos ninguna cultura. Tampoco crecemos. Nos yuxtaponemos. Todavía nos ‘adornamos’ con el pensamiento de Europa. O nos lo arrojamos como proyectil puro, desde la copa de altos árboles”. Cierta desconfianza cultural, producto del fracaso de un proyecto de nación, marcará no un proyecto de refundación de los orígenes, sino sobre todo una apuesta política: es el tránsito hacia un Frente Popular, en la creciente politización de los intelectuales hacia la década del ‘30 –producto también de una situación mundial, sobre todo Europea, de altísima conflictividad, que iría trasuntando el problema del “internacionalismo”–, donde también se ve asediado por vanguardias artísticas porteñas (Boedo y Florida, por caso), muy ligadas a la literatura, de las que Roca estará a cierta distancia.

La militancia partidaria, decíamos, tampoco fue crucial ni determinante, más allá –aunque nada menos, tampoco– de una intensa campaña como candidato a intendente en la alianza PS-PDP, y algunos años de militante dentro del socialismo (cfr. los textos de Andrés Bisso y César Tcach en el volumen III de la *Obra Reunida*). Candidatura a intendente que poco tenía que ver con el proyecto “sarmientino” y de la generación del ‘80, *i.e.* la realización estatal-nacional de las persistencias intelectuales de avanzada, sino que –para comparar– era similar, por lo “simbólica”, a la candidatura a intendente de David Viñas por la ciudad de Buenos Aires a comienzos del *menemato* –aunque sigue habiendo en ambos, con muchas salvedades, una herencia (o más bien una interpelación) decimonónica nacional, sobre la cual Deodoro Roca todavía interactuaba, y a la cual Viñas no dejaba de retornar como una clave.

Sería un tanto enigmático responder a la pregunta del por qué más de una vez, en sus textos, Roca “niega” ser comunista, sin tampoco tener una solidez crítica contra el mismo que lo atestigüe en otras páginas; serán muchos factores –visiblemente: algunas críticas compartidas con el socialismo, digamos, más “tradicional”–, pero también seguramente una distancia de un “partido” que ya tenía referentes consolidados (muchos

¹⁵ Dotti, J. E. *Carl Schmitt en Argentina*, Homo Sapiens, Buenos Aires, 2000, pp. 57 y 64-65. Mencionamos al pasar que, en un libro como el que citamos, de fundamental e imponente investigación, que no ahorra detalle alguno, Roca aparece como muestra de poca originalidad y queda demasiado subordinado a las impresiones de Taborda –uno de los primeros traductores del jurista alemán–, de las que abrevaría. He ahí uno de los ejes que nos ayudan a marcar lo que buscamos: la originalidad de Roca no se pierde si se pone bien en contexto la vaguedad de sus recepciones, el diletantismo de sus estudios y de su despliegue conceptual.

¹⁶ Cfr. Tatián, Diego “Deodoro Roca y los años salvajes de la cultura”, en *Pensamiento de los confines*, nº 14, Buenos Aires, FCE, 2004, p. 110; allí Roca aparece como *rara avis* en el planteo de una “insólita aproximación de Marx y Nietzsche –que la cultura europea tardaría aún décadas en concebir–”.

¹⁷ Ya en el 29 intuye la burocratización de la URSS tras el exilio de Trotsky –a quien señala como una suerte de candidato “natural” para suceder a la grandísima figura de Lenin– y el arribo de Stalin de la mano del funcionariado y una incipiente “burguesía” que dejaría en pie, según Roca –citando a Trotsky– sólo las conquistas democráticas agrarias. Cfr. “La revolución desfigurada” en el IV volumen de la *Obra Reunida*.

amigos de Roca), un fuerte contacto y referencia con Moscú (que Roca sí podía criticar en varios párrafos). Acaso también el “vitalismo” de Roca (ya hemos mencionado el notable trabajo de María Pia López¹⁸) no podía ver en los partidos otra cosa que dificultades de renovación generacional, del llamado a crear “intereses nuevos y desinteresados”. Su epílogo a *El último caudillo*, aunque obviamente también signado por apoyos varios al socialismo partidario argentino, da cuenta de ello.

Fijémonos por caso en una unión y una distancia con otro cordobés contemporáneo: el “encuentro” entre Baron Biza y Deodoro Roca, por el que se ha preguntado Diego Tatián¹⁹. Las diagonales a trazar son aquí políticas, ideológicas, vitales: Baron Biza reivindica las rebeliones yrigoyenistas, pero tiene también una fuerte concepción y una ascendencia político-cultural propia de las elites, incluso radicalizada mucho más que Roca: aquello que en Baron Biza aparece como ironía de libertino, una apelación si se quiere sadiana sobre la República, en Roca se torna una seriedad militante que no disminuye nunca incluso con el fuerte tamiz sarcástico de su prosa. Nos recuerda a lo que Barthes decía de Voltaire²⁰: por esto mismo –la forma de combate con el poder, etc.– parecía un escritor feliz, mientras Baron Biza sostenía la melancolía libertina en cada párrafo. La prosa de Roca es una clásica demostración de dominio de un estilo, con sus variantes. En el libro de Raúl Baron Biza, *Por qué me hice revolucionario*²¹, encontramos un pastiche poblado de textos judiciales (sentencia, hábeas corpus), decretos de ministros y presidentes, cartas personales y públicas, y una extensa selección de artículos de diarios brasileiros. Más que una actitud joyceana, es una *non fiction* contemporánea. Y sin embargo, es un *artista* más intenso que el *paisajista* Deodoro Roca, aunque la escritura de este último tenga un bagaje cultural vanguardista, de Baudelaire a Dos Passos, más interesante y refinado.

La biblioteca y las lecturas de Deodoro Roca –más allá de sus intervenciones políticas–, dan cuenta de los problemas y las particularidades de las recepciones intelectuales en la Argentina de principios del siglo XX, algo sobre lo que se ha escrito bastante. Mezcla de ciertas carencias de traducción, libros de amigos y aliados políticos, de una notable atención a variados textos jurídicos nacionales e internacionales, un modo particular de indignación contra la institución (su bronca con la Academia Argentina de Letras en épocas de la dictadura uriburista), sus programas de profesor de Filosofía (sistemáticos, sin faltarles detalles ocurrentes) y también la marcada influencia de ciertas editoriales próximas a los republicanos españoles (Cenit, Labor, etc.) en su llegada vía importación de un buen caudal de colecciones de esas casas de publicaciones. Dicha biblioteca, con sus propias producciones en textos editados e inéditos, fue en gran parte heredada por Gustavo Roca (otra parte por Marcelo, el otro de sus dos hijos), abogado y militante en los años setenta, y sufrió el ataque de grupos de tareas y allanamientos de la Córdoba que anticipaba la catástrofe dictatorial ya adelantada con el Navarrazo. Especular sobre su contenido es también pensar las dificultades de la historia en esa continuidad. La *continuidad* de Roca –que Viñas elogiaba tanto en Walsh (y reprochaba su carencia a Borges), a su juicio anticipado en el cordobés– es algo que debería formar parte de un trabajo crítico, sin la ansiedad de ver en sus continuistas santos, ni en su legado salvación alguna.

¹⁸ López, M. P., *op. cit.*

¹⁹ Tatián, Diego “Deodoro Roca y los años salvajes de la cultura”, *loc. cit.*, p. 112.

²⁰ “Nadie mejor que él dio al combate de la Razón el aire de una fiesta. Todo era espectáculo en sus batallas: el nombre del adversario, siempre ridículo, la doctrina combativa, reducida a una proposición (la ironía volteriana consiste siempre en poner en evidencia una *desproporción*); la multiplicación de los golpes, que parten en todas direcciones, hasta el punto de parecer un juego, lo cual dispensa de todo respeto y de toda compasión; la movilidad misma del combatiente, tan pronto disfrazado bajo mil seudónimos transparentes (...)”, “El último escritor feliz”, en *Ensayos críticos*, Seix Barral, Buenos Aires, 2003, pp. 124-125.

²¹ Baron Biza, Raúl *Por qué me hice revolucionario*, Montevideo, Cambio, 1934.